

Miguel S. Wionczek: obsesiones, distracciones, aportes...

Jorge Eduardo Navarrete*

MI relación personal con Miguel S. Wionczek se extendió por algo más de un cuarto de siglo. Terminó con una conversación en Londres, el año de su muerte. Se había iniciado en México cuando yo empezaba mi ejercicio profesional. Entre principios de los sesenta y finales de los ochenta, la relación se movió entre lo cotidiano, al principio, y lo esporádico, en diversos momentos de los últimos años. Su carácter también se modificó: terminó siendo mi amigo, por mucho tiempo, después de haber sido mi jefe, por algunos años. En alguna oportunidad, incluso, su posición estuvo subordinada —de acuerdo con la jerarquía formal— a la que entonces me correspondió. Nos encontramos en muchos espacios, desde su amable casa de campo en Ticumán, fraccionamiento morelense que él embelleció con algunos bien cuidados jardines, hasta impersonales oficinas o salas de conferencias. Quizá, en más de una ocasión, la repetida convivencia llegó a abrumar a uno u otro, pero pienso que fueron más numerosas las ocasiones gratas, aun cuando los desacuerdos discutidos acremente se resolvían con alguna salida sardónica, que casi siempre él proporcionaba y que llevaba la conversación a asuntos menos conflictivos. Hubo, en muchos de nuestros encuentros, otros participantes —nuestras respectivas esposas o compañeras, amigos comunes o personas conocidas sólo por uno o el otro—, pero recuerdo más las pláticas a solas, que fueron quizá las más numerosas.

Así, la primera obsesión y la primera diversión de Miguel era la palabra hablada. Usaba y abusaba de ella como medio esen-

cial para ensayar sus ideas y para someter a prueba ácida las de los demás. En ocasiones bombardeaba con preguntas a su interlocutor, y casi siempre terminaba sus propias consideraciones con alguna pregunta que invitaba a contradecirlas o a complementarlas. De nuestras pláticas recuerdo que, normalmente, sólo se interesaba en lo que yo tenía que decir respecto de algún tema, y no en cómo me encontraba aquel día o en qué me había pasado en el tiempo transcurrido desde el encuentro anterior. Más adelante llegó a tener importancia no sólo lo que yo pudiera saber de alguna cuestión, sino la circunstancia personal desde la que la enfocaba. Pienso que en las innumerables conversaciones sostenidas con Miguel siempre me sentí un poco interrogado, un poco sometido a examen. Quizá no sólo la diferencia de edad explique que mi relación fue, las más de las veces, la de alumno a maestro. Si él lo percibía, ciertamente no lo subrayaba. Procuraba, más bien, llevarla a otro plano. Creo que no lo consiguió por completo.

El tema recurrente, obsesivo, de nuestras conversaciones fue México, su circunstancia y proyección. No siempre pudimos evitar discutir sobre los individuos, pero predominaban en nuestras consideraciones los problemas. Su visión tendía, por lo general, a ser pesimista o incrédula. Prefería, según afirmaba, que la realidad le demostrara lo equivocado de sus sombrías expectativas, aunque tenía la experiencia de que a menudo fuera más bien al contrario. Le interesaron, en diversos momentos, distintas cuestiones: el proceso de formulación y adopción de política económica (que lo llevó, en algún momento, a encargarme la tediosa tarea de trazar un "mapa" de decisiones en esa materia, extralímite de las disposiciones registradas en el más aburrido de los dia-

* Embajador de México y asesor de Comercio Exterior.

rios: el *Oficial*); la planeación, sobre cuya evolución histórica publicó un estudio que abrió brecha; la programación del desarrollo científico y tecnológico, durante su estancia en el Conacyt, institución con la que tuvo una relación de amor-odio ("lo peor —dijo memorablemente alguna vez— es que con el Consejo los científicos se dedican a administradores y no se sabe quién se va a dedicar a investigar"). . . ; en fin, la industria petrolera, cuya operación nacional y proyección externa estudió a fondo en los últimos años.

La conversación de Miguel tenía dos sustentos principales que apoyaban sus asertos casi en igual medida: las vivencias directas y las lecturas. Las primeras, a su vez, derivaban de su condición de incansable viajero. Sus viajes eran tan frecuentes que se deben clasificar entre sus obsesiones. Dudo que lo divirtieran más allá de que le permitían incurrir en la plática y en la lectura. Solía decir que aspiraba a visitar todos los países y parece haber estado a punto de conseguirlo, aunque a lo largo de su vida la descolonización y otros procesos le jugaron la mala pasada de multiplicarle el número. De sus visitas, incluso de las muy breves, extraía enseñanzas que le gustaba compartir. A veces, escuchando estas apasionadas descripciones de la circunstancia política, económica y social que había encontrado, uno se preguntaba si su capacidad de percepción y análisis se había hipertrofiado o si se permitía un tanto de fantasía e imaginación para dar sabor al caldo. Asociada a sus viajes, mantenía una correspondencia amplia y copiosa. Las cartas venían a menudo acompañadas de artículos, propios o ajenos, que juzgaba interesantes para su corresponsal y sobre los que esperaba reacción o comentario a vuelta de correo. Quienes, como yo, descuidaban su correspondencia, solían recibir recordatorios, no siempre corteses. Alguna vez, en los primeros años, le pregunté cómo se las arreglaba para viajar tanto. Si la asistencia a una reunión en el exterior no desemboca en invitaciones para, por lo menos, otras dos, puede considerarse un fracaso, fue —palabras más, palabras menos— su respuesta. "Pero si se obtienen tres invitaciones es mejor, porque entonces puede rechazarse una y, así, seguramente, se obtienen más", creo recordar que agregó.

Uno de los centros generadores de reuniones internacionales a los que Miguel me introdujo fue el Movimiento Pugwash, en el que desempeñó un papel clave. Ayudó a convencer a los "científicos duros" (físicos, matemáticos, químicos), que habían fundado el Movimiento debido a su horror ante la posibilidad del holocausto nuclear, de que los "científicos suaves" (economistas, politólogos, internacionalistas) podían realizar una contribución importante a ese objetivo. Los convenció también, o al menos empezó a hacerlo, de que Pugwash debía, por un lado, incorporar a gente del Tercer Mundo y, por otro, examinar también los problemas del desarrollo en sus más amplias dimensiones, económicas, políticas y sociales. En definitiva, los asuntos de la paz y la seguridad —preocupación tradicional del Movimiento— no podían considerarse a cabalidad si se omitía la dimensión Norte-Sur. En su reunión de 1988 en Dagomys, en la Unión Soviética, la conferencia Pugwash le rindió un homenaje directo y otro, quizá más válido, que se reflejó en los resultados: equilibrar, en sus debates y conclusiones, los temas tradicionales Este-Oeste con las cuestiones del desarrollo.

Lector obsesivo, acumuló una vasta biblioteca que quizá no tuvo tiempo de leer en su integridad, pero que revisó y repasó lo suficiente como para encontrar sin dificultad en ella el dato, la idea, el planteamiento, que en determinado momento necesi-

taba o que alguien le pedía. Bibliófilo divertido, llegó a reunir una importante colección de libros mexicanos de los cuatro últimos siglos. Divertido, digo, porque en muchos casos le importaba más la antigüedad de la edición que el tema de la obra.

La lectura informaba su conversación y, sobre todo, se reflejaba en su obra escrita. No es el propósito de este apunte aproximarse a la bibliografía amplia, rica, variada de Wionczek. Quizá sea suficiente anotar que sus temas fueron ganando en amplitud y complejidad. Muchos de sus trabajos de los sesenta se pueden considerar escritos económicos; los más recientes asumen, casi siempre, un enfoque multidisciplinario y en ellos se revisan las conclusiones que se podrían derivar del análisis económico a la luz de los datos y consideraciones que aportan otros enfoques, en especial los referidos a las circunstancias político-sociales. Así, creo que muchos de sus trabajos fueron ganando en amplitud y profundidad. Se tornaron, al mismo tiempo, más polémicos y, en ocasiones, más controvertibles. Sus escritos, en especial los artículos y la correspondencia de los últimos años —en la medida en que me fue dado conocerlos— reflejaban, pienso, una creciente impaciencia. No es que Miguel haya sido particularmente paciente o tolerante, sino que la mecha se fue haciendo cada vez más corta y, de cuando en cuando, la carga estallaba por combustión espontánea.

Muchas veces, sobre todo después de su muerte, me he preguntado por las razones de esta creciente intolerancia o, preferiblemente, impaciencia. Aunque quizá muchos factores la explican, pienso que el definitivo fue que, por lo menos desde principios de los ochenta, Miguel estuvo dolorosamente consciente de que el tiempo disponible se le había vuelto angustiosamente escaso. La impaciencia, la intolerancia, incluso, reflejaban prisa: sabía que no tenía tiempo que perder.

En los años en que la dirección de *Comercio Exterior* estuvo a mi cargo, advertí la importancia de la contribución de Miguel a este particular empeño. De sus viajes, relaciones y contactos procedían numerosos trabajos valiosos que la revista, en muchas ocasiones, publicó. Pero quizá más importante para mí, en esos años de tránsito de los sesenta al siguiente decenio, fue su permanente disponibilidad para discutir los temas que la revista debía abordar en sus notas editoriales. Versaban éstas sobre las cuestiones de la actualidad económica mexicana, regional y mundial y, más y más, incidían también en los temas políticos y sociales. Contenían, en ocasiones, análisis críticos de decisiones nacionales de política económica, que algunos consideraban sin cabida en lo que, "después de todo", era una revista oficial. La discusión de los temas con Miguel permitió que el argumento de ligereza o superficialidad no pudiera enderezarse contra los editoriales de *Comercio Exterior*, que muy frecuentemente se citaban y comentaban en la prensa.

Miguel legó su rica biblioteca a El Colegio de México. Estoy seguro de que habrá quien reúna y ordene sus escritos recientes, referidos en buena parte al conflicto iranio-irakí y a sus repercusiones sobre el mercado petrolero, de los que sólo conozco unos cuantos textos. Habría que compilar una cuidadosa bibliografía crítica, que sirviera de guía para reeditar algunos trabajos, ya difíciles de obtener. Si esto se hace, podrá comprobarse, creo, que muchos de sus escritos, recientes o pretéritos, encierran asertos que pueden contribuir a un mejor entendimiento de los problemas a los que México se enfrentará en el decenio de los noventa, al que Miguel ya no pudo llegar. □